

que para Newman no existe en la conciencia ninguna expectación anticipada o apriorística de la Revelación. Tampoco se da en el hombre un caminar consciente o reflejo hacia ella, cuando todavía no se le ha manifestado. Hay sencillamente un progreso *hacia la Verdad religiosa*, y finalmente —en su caso— un encuentro feliz e inesperado con Dios que se automanifiesta misericordiosamente en Jesucristo. Podrá seguir a este encuentro una libre recepción de la oferta divina por la conciencia, especialmente cuando ésta se ha ejercido habitualmente en la obediencia a los valores éticos y religiosos.

El autor demuestra un buen conocimiento de los textos newmanianos. Hace un extenso uso de todas las fuentes disponibles. Desgraciadamente no llegó a tiempo de emplear los últimos volúmenes de la edición *Letters and Diaries*. Resulta un libro de gran utilidad para el conocimiento de la metodología de Newman y las constantes básicas de su pensamiento religioso.

José MORALES

Battista MONDIN, *L'uomo: chi è? Elementi di antropologia filosofica*, Milán, Editrice Massimo, 1975, 366 pp., 20×13.

“El hombre ha sido objeto de estudio por parte de los filósofos de todos los tiempos” escribe Mondin en el prefacio de este libro. Esa frase nos da una idea bastante cabal de esta obra: es un intento de introducción a la antropología, ofreciendo a la vez una visión panorámica de la diversas opiniones formuladas al respecto a lo largo de la historia. Justificando el método y el esquema seguido en el libro, el autor declara en la introducción que “la antropología filosófica exige un método complejo, en el que se pueden distinguir dos fases principales: fenomenológica y trascendental. En la fase fenomenológica se recogen todos los datos relativos al ser del hombre; en la frase trascendental se intenta poner de manifiesto el significado último de esos datos, el significado profundo que les da sentido y que los hace posible” (p. 18). Y poco después añade: “El método trascendental, tal y como nosotros lo entendemos, tiene el mismo objetivo que le marcaba Kant: establecer las condiciones supremas que hacen posible un conocimiento (o una cosa); pero sigue un procedimiento diverso del de Kant. En el autor de la *Crítica de la razón pura* el procedimiento es de tipo deductivo: se justifican determinados conceptos demostrando su capacidad para hacer posible un cierto campo de la subjetividad. En cambio en nosotros el método trascendental tiene carácter inductivo: parte de los fenómenos, y los estudia en profundidad a fin de descubrir sus raíces últimas”

(p. 20). Por lo demás, al llegar al momento de titular la parte de su obra destinada a exponer ese estudio trascendental, Mondin ya no emplea ese adjetivo, sino que habla sencillamente de "metafísica del hombre".

Con esas declaraciones y con esa terminología nuestro autor revela el deseo de separarse del idealismo para situarse en el realismo gnoseológico y a la vez su intención de mantener un diálogo con las modernas corrientes de la antropología. El esquema general de la obra responde netamente a ese planteamiento. En una primera parte, con diferencia la más larga —ocupa desde la página 30 a la 279—, aborda la fenomenología del hombre; en su segunda —que se extiende de la página 282 a la 362— entra en la metafísica.

Los diez capítulos destinados a exponer las perspectivas fenomenológicas siguen un orden lógico, fácil de entender: parte de la consideración del hombre como ser somático para culminar en el estudio del hombre como ser religioso. Entre ambos extremos, y a lo largo de ocho capítulos, van surgiendo ante nosotros realidades e interrogantes relacionados con la vida, con el conocimiento, con la voluntad y la libertad, con el lenguaje, con la sociedad, con la cultura, con el trabajo y con el juego. La forma expositiva es clara y la información abundante, aunque se advierten sin embargo lagunas (por ejemplo, al hablar de la historia de las religiones se echa en falta, entre otras cosas, una referencia a la importante escuela de Uppsala y a su polémica frente a las simplificaciones propias de las teorías evolucionistas de Frazer y sus seguidores). La segunda parte, más breve, se estructura en cuatro capítulos, con características análogas a las de los anteriores, que tratan de la autotrascendencia y la espiritualidad humanas, de la substancialidad del hombre y la realidad del alma, del hombre como persona, de la muerte y la inmortalidad.

Pero esa simple enumeración de capítulos tal vez dé una idea del tenor y contenido del libro, no plenamente adecuada a la realidad. Ese elenco, unido a la división en dos partes, fenomenológica la primera, trascendental o metafísica la segunda, parece en efecto sugerir que la obra comienza con un largo análisis descriptivo de las dimensiones del existir humano para pasar luego a un estudio de orden transfenoménico o metafísico. En realidad no es así, y, de hecho, en la primera parte aparecen cuestiones ajenas a la fenomenología (baste decir que, al hablar del conocimiento, se plantea nada menos que el problema del intelecto agente, cuestión exquisitamente metafísica); y, en la segunda, no se aborda toda la problemática metafísica que puede suscitar la antropología, ya que el interés se centra sólo en el tema del alma. Por eso, cabe opinar que el esquema del libro quedaría tal vez mejor descrito titulado la primera parte "dimensiones del exis-

tir humano" y la segunda "substrato último de las operaciones del hombre", o expresiones parecidas.

¿Qué línea filosófica caracteriza, en cualquier caso, al autor? Sin duda alguna Santo Tomás de Aquino es no sólo uno de los autores más citados sino aquél cuya autoridad y cuya doctrina deciden en bastantes de las encrucijadas fundamentales. Sin embargo no sería exacto, a nuestro juicio, calificar a esta obra de tomista, y ello no tanto porque en algún punto el autor se separe expresamente del parecer del de Aquino, sino sobre todo por la naturaleza misma del empeño que lo sostiene en este libro. No nos encontramos, en efecto, ante una obra que exprese una línea de pensamiento o que refleje la preocupación de un autor por abordar una cuestión intentando resolverla, sino ante un escrito en el que predomina el esfuerzo informativo. *L'uomo: chi è?* se sitúa así en la línea de otras obras precedentes de Mondin, dirigidas todas ellas a ofrecer un florilegio de las diversas sentencias formuladas a través de los siglos en torno al tema de que se trate. En esas obras el interés de Mondin no suele ser meramente histórico, sino teórico, y por eso supera el sincretismo, aunque en ocasiones lo roza, pero, limitado por el método, tampoco alcanza a desembocar, al menos en bastantes casos, en un planteamiento filosófico neto. Eso ocurre también en el libro que nos ocupa. Señalemos, por lo demás que el análisis o resumen de las diversas sentencias y autores que menciona son, como de ordinario, exactos y la información bibliográfica amplia. Por ello puede constituir una buena introducción a la temática antropológica, si bien será útil no tanto a quienes se inician en el estudio —puesto que corren el riesgo de perderse entre una selva de opiniones—, cuanto a quienes, poseyendo ya una cierta base, deseen abordar el estudio de alguna cuestión particular.

José Luis ILLANES

Georges HUBER, *Le bras de Dieu*, Paris, Téqui, 1976, 309 pp., 18×11.

Quizá podría resumirse el dogma cristiano diciendo que Dios es el Señor de la historia a la que gobierna según un plan divino de salvación: instaurar todas las cosas en Cristo. La doctrina sobre la providencia es pues una doctrina central, y además compleja, ya que sí, de una parte, el dogma enseña que Dios gobierna el mundo, interviniendo libremente en la historia, de otra añade que Dios crea realmente, es decir otorga a los seres consistencia y capacidad de obrar, y no altera a capricho la realidad por El creada, antes al contrario respeta la naturaleza y sus leyes: el milagro, la suspensión de los ritmos naturales, ciertamente posible dado el señorío de Dios sobre las cosas, es no obstante la excep-